

## Lo que me dicen las tripas, el corazón y la cabeza a propósito de la Biodiversidad

Antonio MELIC<sup>1</sup>

(<sup>1</sup>) Avda. Radio Juventud, nº 6; 50012 Zaragoza. E-mail: amelic@interplanet.es

Todo texto que se precie, relativo a la diversidad biológica de nuestro planeta, ya sea un folleto edulcorado para consumo masivo, ya un mamotreto impresionante por encima de las mil páginas tamaño folio, tapa dura y precio desorbitado, comenzará por glosar dos cuestiones que, en este ámbito, bien podrían ser considerados *dogma de iniciados*, cuando no tópicos incombustibles:

1) La diversidad biológica es una magnitud escandalosa en su dimensión y desconocida en su esencia.

2) La especie humana ha puesto en serio peligro una parte importante y creciente de esa biodiversidad.

No faltan argumentos sólidos par apoyar, más allá de lo estrictamente necesario, ambas aseveraciones. Respecto a la diversidad biológica en su sentido más elemental de catálogo de especies vivientes, puede asegurarse gracias a numerosos estudios que incluyen prospecciones intensas o puntuales en diversas zonas del planeta, incluidas aquellas que a priori deberían ofrecer valores muy moderados de la magnitud, que ésta puede situarse razonablemente en torno a los 30 millones de especies (sin que falten estimaciones más modestas, junto a otras mucho más optimistas). Esta cifra -auténtica pesadilla de taxónomos por su vastedad- deja reducido nuestro frágil conocimiento actual (allá por el millón y medio de especies) a apenas un 5 por ciento del total estimado. Básicamente, nuestro conocimiento acumulado tras doscientos cincuenta años de estudios se acerca bochornosamente al cero. No sólo porque el porcentaje en sí mismo es patéticamente bajo, sino también porque, en realidad, hemos realizado el 5 por ciento más fácil del trabajo: cordados, plantas superiores, artrópodos holárticos... Lo que queda por hacer es, precisamente, lo difícil. Incluso considerando los problemas que plantean organismos como las bacterias, virus, hongos o nematodos, la mayor parte de lo que queda por descubrir parecen ser artrópodos tropicales. Si consideramos que el 70 por ciento de los 30 millones de especies vivientes lo son y aplicamos las actuales tasas de descripción de este grupo (unas 9.000 especies/año), son necesarios 2.222 años para completar el trabajo meramente descriptivo (lo elemental: bautizar, inventariar y señalar un punto del globo terráqueo, fecha y firma). Con este panorama, podemos afirmar que la Diversidad, aunque sea 'estimable', no sólo es desconocida; es también, básicamente, *incognoscible* en un horizonte temporal 'humano' razonable o planificable.

Pero -segundo tópico- es que además la actual tasa de desaparición de especies es alarmante. Primero por que en la actualidad se sitúa en varias decenas de miles de especies/año (dependiendo de la estimación que se acepte; véanse los cálculos de Martín Piera, 1997: Apuntes sobre Biodiversidad y Conservación de Insectos: Dilemas, Ficciones y ¿Soluciones?, *Bol.SEA*, 20: 25-55); segundo, porque, previsible-

mente, dicha tasa tiende a incrementarse como consecuencia del aumento constante de la población humana y de su cohorte de exigencias y factores asociados (un nivel de vida por encima del de subsistencia es un deseo legítimo y razonable incluso en la India o Somalia).

Sobre ambos aspectos de la Biodiversidad (Inventario o, si se prefiere, Conocimiento y Conservación) creo que puede afirmarse que existe un consenso razonable (fuera de algunas discrepancias relacionadas con la magnitud exacta de las estimaciones) que sobrepasa incluso el ámbito estrictamente científico y ha conseguido penetrar áreas habitualmente poco receptivas a este tipo de cuestiones: opinión pública, sociedad 'civil', gobiernos... Efectivamente, en los últimos años, al menos en cierta forma, hemos dado un paso importante al respecto: hemos sido capaces de formular el enunciado del problema e incluso ha sido puesto en marcha un proceso de concienciación social entre los países llamados desarrollados, aunque todavía se encuentre, en estos momentos, en etapas iniciáticas de formulación de eslóganes y celebración de actos protocolarios. Como principio está bien, pero no será tan fácil encontrar soluciones reales que sean unánime o mayoritariamente aceptadas. A tal efecto, se han propuesto mecanismos compensatorios de tipo económico y político de difícil aplicación práctica más allá de la firma de tratados y declaraciones formales de general incumplimiento. Ni los gobiernos, ni los propios ciudadanos de los países desarrollados, estamos lo suficientemente concienciados del problema como para asumir el coste de Inventariado y Conservación de la biodiversidad (presente, en su mayor parte, en países en vías de desarrollo).

La mayoría de los lectores de esta revista somos entomólogos (*sensu lato*) sistemáticos (*sensu stricto*), una posición que no tiene nada de cómoda a tenor del panorama dibujado en las líneas precedentes: tanto el problema del Conocimiento como el de la Conservación son problemas eminentemente 'artropodianos'. Así que creo razonable que los entomólogos sistemáticos meditemos -en profundidad- a propósito de nuestro papel frente a la llamada Crisis de la Biodiversidad.

Planteada así la cuestión parece una de esas dudas metafísicas que requieren el curso de grandes filósofos, pensadores brillantes y teólogos curtidos en mil vericuetos dialécticos para ser resueltas. Por mi parte, prefiero atender a la cuestión desde una perspectiva más modesta y cercana a mi posición de simple *para-científico*, amigo de buscar arañas bajo las piedras. Y desde este punto de vista tan poco prometedor, la cuestión formulada, puede replantearse en estos términos: dado el tamaño inmanejable de la entomodiversidad ¿para qué el esfuerzo de identificar cada una de sus partes? ¿Qué importancia tiene la especie 1.500.001? ¿Qué

transcendencia tiene el hecho de que en la Península Ibérica existen 2.001 especies de arañas en lugar de sólo 2.000? Hasta ahora hemos vivido tranquilamente sin esa información y su descripción puede que solamente sirva para incrementar en un par de párrafos y otra genitalia el volumen de Fauna Ibérica correspondiente...

A pesar de que las preguntas parecen sencillas, en realidad, tienen varias respuestas posibles a cual más correcta. Todo depende, como siempre, de a quién, dónde y cuándo las formulemos. Dejando al margen algunas posibles respuestas tan elementales como 'Me divierto destripando arañas' (lo cual sería un factor a considerar si ésta fuera una revista siquiátrica) o 'quiero pasar a la historia describiendo una o varias nuevas especies' (que pone de manifiesto serios problemas de autoestima), se me ocurren tres tipos de respuestas posibles. Cada una de ellos representa, por decirlo de un modo gráfico, una dimensión diferente de la naturaleza humana, pero también -y esto creo que es importante- de la propia Sociedad. Esas tres dimensiones se solapan, entremezclan y confunden con absoluta naturalidad, de tal forma que habitualmente, ninguna de ellas domina de forma permanente a las otras. El ser humano es multidimensional: un conflicto constante entre Razón, Moral e Interés Material. No hace falta poner muchos ejemplos; cualquier decisión trascendente suele ser un problema de conflicto entre dos o tres de estas dimensiones. Otro tanto ocurre con la Sociedad, metáfora espléndida utilizada a menudo para justificar decisiones o criterios de los que a título personal difícilmente podríamos estar orgullosos, aunque los compartamos, o pantalla en la que esconder o a la que culpar de nuestros fracasos y problemas. Lo cierto es que somos una parte alicuota de la Sociedad y, por tanto, salvo que se demuestre expresamente lo contrario, sus planteamientos, decisiones y actitudes son, en realidad, las nuestras. Por ello, la Sociedad -cada Sociedad- también se encuentra en un conflicto permanente entre la Razón, la Moral y el Interés material y esto no es sino el reflejo de nuestras decisiones, aunque resulte razonablemente fácil adoptar, cuando nos remuerde la conciencia, la postura del heterodoxo, del apóstol o del mártir de saldo.

No sería disparatado pensar que en una hipotética encuesta a toda la población nacional casi el 100 por 100 de los votos estuviera a favor del Inventario y Conservación de la Biodiversidad, que un porcentaje más o menos cercano al 50 por ciento lo estuviera a favor de que el Gobierno de la Nación dedicara un 1 por ciento del presupuesto a estos fines y que aproximadamente el 0 por ciento estuviera conforme con destinar el 1 por ciento de sus ingresos personales a través de un impuesto personal y directo a estos objetivos. ¿Hipocresía? No, simplemente conflictos resueltos de diferente modo, en los que una 'viscera' ha prevalecido sobre las restantes. La Sociedad, como los individuos, actuamos en base a lo que le dicta la 'cabeza o cerebro' (la Razón), el 'corazón' (la Moral) o las 'tripas' (el Interés material').

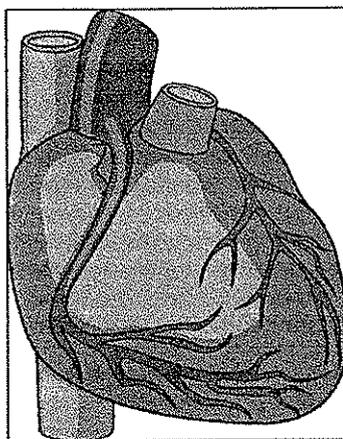
En una primera aproximación, como ser humano y miembro de la Sociedad, sé cual es la respuesta 'correcta' a la pregunta *¿Para qué el esfuerzo taxonómico-sistemático?* y reconozco, con un cierto apuro, que en las escasas ocasiones en que he debido responderla, lo he hecho adoptando un aire solemne, ligeramente teatral, para luego, en la soledad de mi gabinete, frente a un montón de frascos y preparaciones de genitalias, con un blues de B. B. King sonando en el aparato

de música, asaltarme las dudas. Vamos a ver: ¿identifico arañas por que lo considero un deber moral o una obligación metafísica impuesta a la especie como pago del privilegio de la inteligencia? ¿de verdad? Es lo malo de las respuestas tópicas, que suenan terriblemente convincentes (y bien) en una charla, conferencia o texto escrito, pero pierden todo su sentido en el ámbito privado. Nadie caza y destripa moscas por una llamada metafísica o nadie rastrea un pozo de agua putrefacta buscando microorganismos por cuestiones de conciencia social o solidaridad con la humanidad. El taxónomo responde posiblemente a un simple estímulo personal; atiende, como cualquier otro animal a aquello que llama su curiosidad por motivos que no precisan explicación (o que no la tienen). En definitiva, satisface una necesidad privada que difícilmente puede relacionarse con un deber moral trascendente (el corazón vence a la cabeza en público, pero ésta lo hace en privado). Además, los tiempos modernos son como son (por culpa nuestra, por supuesto) y raramente aceptan planteamientos exclusivamente morales o éticos para justificar la asignación de recursos y la realización de esfuerzos significativos en proyectos poco rentables (eso dice la tripa).

En definitiva: en presencia de un buen número de prioridades y demandas de orden social y económico, es difícil que las puramente éticas consigan mantenerse a flote mucho tiempo. La especie humana, como animal racional, tiene la obligación moral de conocer el mundo que la rodea (eso dice el *dogma* y eso se dirá en los foros públicos), pero -fuera de retóricas y protocolos- siempre que ello no exija desembolsos sustanciales (eso hace la sociedad cuando las cámaras de televisión desconectan). Normalmente, a estas alturas de la elucubración, ya he cambiado el cd-rom de B. B. King por otro de Motorhead o Bad Company, grupos roqueros de heavy metal con los que resulta imposible seguir pensando... porque las conclusiones a que llego, no me gustan en absoluto,

pues implican que la sistemática está condenada al ámbito estrictamente académico o erudito: ciencia 'muerta', conversación de salón, monografía destinada a saldo de grandes almacenes, tierra estéril... ¿Exagero? Tal vez, pero no puedo quitarme de la *cabeza* la idea de que toda la propaganda, toda la atención social que ha recibido el problema de la Crisis de la Biodiversidad no ha hecho sino agravar la situación de los taxónomos. Si antes de comenzar a manejar magnitudes de 30 millones de especies éramos un colectivo simplemente marginal con un 'papelito' en la función de inventariado biológico, después nos hemos convertido en el auténtico cuello de botella del problema, algo tan patético como una hormiga enloquecida embistiendo, brava pero estúpidamente, a un elefante. Queda tanto por hacer que, bien mirado, tal vez debamos volver al principio, olvidarnos del viaje y aceptar la derrota. Nunca llegaremos a la meta; ni siquiera nos acercaremos ¿no sería lo sensato dejar de correr detrás de un objetivo imposible de alcanzar?

Por nuestra parte, la Razón, que así se expresa en mi cabeza a pesar de los alaridos rockeros, abre ventanas allá donde se cierran las puertas. Martín Piera lo expuso en una reciente conferencia (Medidas cualitativas de diversidad: una aplicación en Coleópteros. *I Jornadas Iberoamericanas sobre Diversidad Biológica, Madrid, 21 a 25 de octubre de 1997*) en la que argumentó la importancia de la Sistemática Biológica como solución al problema de la conservación de la Biodiversidad, especialmente si ésta es analizada no como



mero inventario/catálogo, sino como 'procesos ecológicos' o 'experimentos evolutivos' (palabras también utilizadas por R. Margalef en su conferencia). El inventario es 'algo más' que una simple colección de formas u objetos estáticos, congelados -metafóricamente- en un fotograma... si el sistemático es capaz de extraer en su análisis conclusiones 'históricas' y patrones jerárquicos (es decir, es capaz de ubicar el fotograma en su lugar adecuado dentro de la película). En este sentido, lo importante no sería cuantificar el mayor número de especies o taxones, sino maximizar la representatividad taxonómica y la diversidad filogenética tanto desde el punto de vista del Inventariado como de su Conservación. En este contexto, si tiene sentido e importancia la especie 2.001 de araña, porque *'desde una perspectiva evolutiva no todas las especies son iguales; dependen de su posición en el cladograma o, poniéndose transcendentales, en el árbol de la vida'* (Martín Píera, comunicación personal).

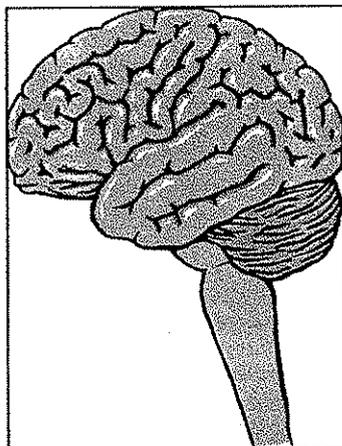
Este punto de vista tiene la virtud de convertir a la 'taxonomía descriptiva' en simple actividad artesanal (necesaria o no, esto es otra cuestión), al tiempo que da cuerpo y solvencia intelectual a la Sistemática, algo de lo que está muy necesitada. La Sistemática aumenta así su credibilidad científica; los que se 'caen' son los objetivos y métodos tradicionales a tenor de los nuevos retos formulados. La Vieja taxonomía no satisface, posiblemente, ni siquiera a los 'Viejos taxónomos', pero por contra, la 'nueva' se encuentra, en la práctica, con el problema 'de siempre': la necesidad de acopio de información biológica sobre la que basar sus modelos y contrastar sus hipótesis. La Razón puede estar contenta: con los nuevos planteamientos la Sistemática convalida y acrecienta su categoría de Ciencia formal y moderna y su capacidad para dar soluciones... Al menos eso parece, pero de nuevo, otra duda me asalta. Veamos ¿será posible que la Razón, como hace la Moral, maneje al mismo tiempo dos discursos diferentes, uno público y otro privado? Me explico: una cuestión que me parece muy importante es si la Nueva Sistemática debe o puede, y hasta que punto, prescindir de la 'Vieja Taxonomía' (acopio de información descriptiva). La respuesta es, evidentemente, negativa (tal y como yo lo veo, en mi ingenuidad de cazador de arañas). Así que tal vez la conclusión ha de ser que el trabajo por realizar, aquél tan vasto que hacía inútil el esfuerzo, ahora es mayor: ya no podemos conformarnos con conocer a las especies, ahora, además, hemos de intentar ubicarlas desde un punto de vista histórico, jerárquico, evolutivo. Y si la sociedad no estaba dispuesta a financiar el trabajo inicial ¿lo estará para financiar éste, aún mayor?

Yo creo que no, por la sencilla razón de que la Sociedad -y, en realidad, todos nosotros- somos, en el fondo pragmáticos y materialistas. ¿Para qué el esfuerzo de identificación? La única justificación que maneja la sociedad para soportar su coste sería la de que constituye un paso previo y necesario para la conservación. Pero creo que ni siquiera esto es realmente cierto. La Sociedad no sólo no está interesada en el Inventario de la Biodiversidad; en realidad tampoco lo está en su Conservación. Sin salir de nuestro país, el día a día nos demuestra que a pesar de que políticamente se intenta mantener una cierta imagen de preocupación en materia medioambiental, apenas si tienen peso real este tipo de razones en la toma de decisiones políticas concretas o generales. Y ello es un hecho contrastable a todos los niveles geográficos y jerárquicos de la Administración que, por otro

lado, no duda en rubricar cuantos tratados internacionales (llenos de buenas intenciones pero carentes de sanción por incumplimiento) se le ponen por delante, o rellenar unas páginas de sus programas electorales con el carácter de puramente testimoniales. Brindis al sol, en definitiva. En un mundo de capitalismo radical -donde manda la tripa, aunque en la foto salgan las otras vísceras por puro marketing- es lógico esperar que los poderes se pregunten: ¿conservar para qué? Vertebrados, plantas, aún, pero ¿qué diablos importa que desaparezcan uno, dos (o ya puestos, todos los) ácaros oribátidos del planeta? ¿o los colémbolos? ¿A quién importa la extinción de un palpigrado, un áfido o un geophilus? No, si queremos involucrar a la clase política -en definitiva, los gestores del dinero- son necesarios argumentos más sólidos y, por supuesto, nada que tenga que ver con moralidad, ética o ciencia *per se*: argumentos en dólares, please.

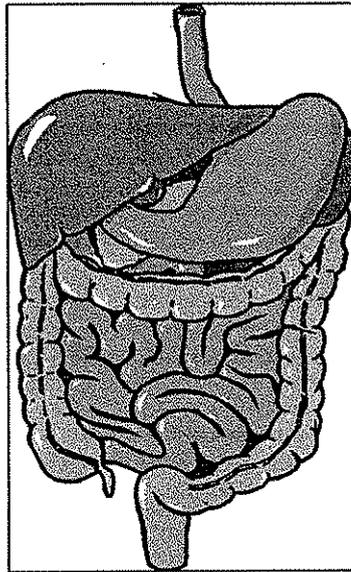
Los 'amantes de la Naturaleza' y los científicos verdaderos están tocados por un cierto halo romántico y altruista (al menos con frecuencia). Por ello es lógico que no se sientan cómodos cuando se pretenden llevar a cabo ejercicios de valoración económica de la Naturaleza o de sus componentes. Es como si se mercantilizara, perdiendo todo su encanto, una suerte de ideal platónico (aquí el corazón manda sobre la tripa). Sin embargo, éste es el único camino que a la larga tal vez pueda involucrar realmente a la Sociedad en el problema de la Conservación de la Biodiversidad. Y de hecho, así ha sido esbozado en múltiples foros: la Biodiversidad debe ser conservada porque es una fuente de recursos. La humanidad depende de ella: de su uso y conservación a largo plazo. Creo que no comparto esta idea -al menos eso me dice mi Razón y mi Moral, pero...- no puedo olvidar que el soporte de la sociedad moderna desarrollada es la codicia, así que del mismo modo que no se atrae a un zorro con zanahorias, a la sociedad y a su alter ego -la política- hay que enseñarle el 'fajo de billetes' o no vendrá. La Biodiversidad es, por suerte, una fuente inexplorada e inexplorada (al menos en gran parte) de recursos alimentarios, farmacológicos y de nuevos productos. Sólo bajo esta formulación, materialista y pesetera, la biodiversidad es política y socialmente trascendente y tal vez, sólo tal vez, podría así justificar el esfuerzo de su inventariado y conservación. El tal vez anterior tiene su razón de ser en que este planteamiento típicamente capitalista adolece de un grave defecto: tanto las pérdidas potenciales (si no actuamos) como los beneficios, son a largo plazo. La supervivencia de la especie humana y su dependencia respecto a la biodiversidad (por el papel que juega en la estructura y funcionamiento de los ecosistemas) no es un problema inmediato. Aún podemos seguir adelante durante unas cuantas décadas sin que sea necesario adoptar medidas drásticas (como por ejemplo, que la mitad de la población mundial se coma a la otra mitad). Y esto, para la mente de un político, constreñida a lo local y como mucho a unos cuantos mandatos en lo temporal, impide plantear estrategias para momentos que escapen de esos horizontes (*después de mi, el desastre!*). ¿Cómo pedirle a un político que deje de asignar recursos a demandas actuales para destinarlas a resolver problemas que se manifestarán dentro de dos, tres o cuatro décadas? O en otros términos: ¿cómo cambiar a votantes actuales por otros que tal vez aún no han nacido o que pertenecen a otros países remotos?

Es difícil no ser pesimista, no sentir una cierta impotencia y abatimiento, pero a los monstruos hay que mirarlos



de frente: cuanto antes nos acostumbremos a sus rasgos, antes desaparecerá el miedo. Ni siquiera de los débiles gestos que de vez en cuando se vislumbran entre el humo pueden extraerse motivos para la esperanza. Los gestores medioambientales se preocupan tanto de fundar parques naturales como de convertirlos automáticamente en centros de turismo masivo. El ecologismo militante insiste en mantener actitudes más o menos radicales pero terriblemente cándidas en lo espacial, lo temporal y lo intelectual, reforzando o ayudando a reforzar la política de imagen de nuestros gobernantes que, de este modo, destinan las escasas fuerzas que la Sociedad está dispuesta a brindar a la causa de la conservación a objetivos tan limitados como la protección de microzonas o del oso, por poner un ejemplo (es decir, a causas románticas, propagandísticas, pero irremisiblemente perdidas a medio y largo plazo). Los científicos, con frecuencia, se conforman con mantener un alto nivel de producción intelectual que bien podría ser tachada de endogámica por cuanto permanecen indiferentes ante el hecho de que la misma llegue o no a la propia Sociedad y trascienda a la Política (por lo que todo queda en una cuestión de prestigio *meta-científico*, véase, por ejemplo, José Luis YELA, 1997: La dinámica de la publicación o 'Un granito de arena en la playa' ... *Bol. SEA*, 19: 35-40). Incluso los entomólogos y naturalistas aficionados, nos dedicamos más a quejarnos amargamente entre nosotros que a plantear y adoptar posiciones auténticamente combativas, no vaya a ser que los funcionarios correspondientes se enfaden y terminen por negarnos los permisos de captura o por incautarnos las colecciones... Etc, etc.

Insisto en que personalmente no comparto algunos de los postulados formulados en estas páginas; se trata más bien de lo que yo creo que ocurre. Pero no puedo terminar sin sentarme bajo los focos y hacer al menos una confesión formal desde *'mis vísceras'*, aportando además un elemento nuevo que hasta ahora no he mencionado. Frente a la Crisis de la Biodiversidad, las tripas me dicen que el trabajo a realizar merece la pena: aparecerán nuevos recursos, nuevas aplicaciones y existen argumentos, incluso egoístas, para hacer todo lo posible porque el futuro (el de mis hijos y nietos) se 'retrase'; el inventario será rentable a la larga, aunque no pueda completarse porque, como mínimo, ayudará a comprender el papel que juegan las biocenosis en el funcionamiento de los ecosistemas y los servicios vitales que éstos nos prestan. El corazón me dice que tengo no sólo el derecho sino el deber de conocer el mundo que me rodea e, incluso, una responsabilidad moral como pieza integrante de este planeta y, en definitiva, como parte alicuota de la especie, por el desastre que hemos provocado. No es una alianza corriente la de la Moral y el Interés práctico, pero en mi caso así es. Sin embargo, la nota discordante me la brinda la Razón, que deja caer en mi consciencia otra cuestión que podría expresarse en los siguientes términos: con esa insistencia -esa obsesión- en avanzar en el inventario biológico ¿no estamos luchando contra corriente? ¿no estamos dándonos más importancia de la que efectivamente tenemos como especie? La extinción ha sido un fenómeno esencial, habitual y fundamentalmente beneficioso (o al menos, no puede sostenerse lo contrario desde la perspectiva humana) en la historia del planeta. Millones de taxones de todos los niveles han sucumbido en uno u otro momento sin que realmente



'haya pasado nada especial'. La extinción del Pérmico acabó con más del 90 por ciento de todas las especies vivientes. Cayeron en el pozo del olvido -y sólo algunos rastros fósiles los recuerdan- géneros, familias y órdenes completos de organismos. Pero ni siquiera fue una cosa excepcional. Se conocen un buen número de extinciones catastróficas (masivas) y una veintena larga de fenómenos de extinción más reducidos (aunque igualmente impresionantes en sus efectos). ¿Qué importancia tiene que en esta ocasión el causante de la hecatombe biológica sea una especie concreta (la humana) en lugar de un meteorito, un cambio climático o el desplazamiento de los continentes? Geológicamente la causa concreta es intrascendente y, ya puestos, recordemos que gracias a la extinción del Cretácico en la que desaparecieron los dinosaurios, un pequeño grupito de bestezuelas de sangre caliente capaces de parir crías vivas y de amamentarlas, pudo desarrollarse y poner las cosas tal y como están hoy. Nadie puede asegurar que, en realidad, este planeta no pertenece a una especie (esperemos que menos codiciosa) que todavía no ha aparecido y que con el tiempo hallará algunos restos y objetos que vinculará a unas formas rudimentarias de inteligencia que vivieron allá por el final del Cuaternario y que sólo serán destacables porque fueron capaces de provocar la extinción masiva más rápida y violenta de toda la historia biológica del Planeta. Otras especies dominarán la Tierra y ésta continuará girando hasta que el sol se apague... y en este momento, por suerte, comienza a sonar la música estridente y salvadora de Bachman Turner Overdrive y yo, como en el colegio cuando sonaba el timbre anunciador del 'recreo', cierro los libros, dejo de estrujarme los sesos en cuestiones relacionadas con la aritmética y salgo corriendo a hacer lo que de verdad me gusta: jugar al fútbol, de crío; destripar arañas, de mayor.

#### Agradecimiento y postdata:

Fermin Martín Piera, del Museo de Ciencias Naturales de Madrid-CSIC, ha leído un primer borrador de este artículo y ha aportado lo que seguramente son las únicas ideas sensatas del texto. Es más que probable que no comparta las restantes y no le culpo por ello.

Entre sus comentarios al borrador figura uno relativo a la rapidez de la 'extinción actual en marcha' en comparación a las previas (medible en décadas frente a miles o millones de años) y a la posibilidad de que esta característica suponga un punto y aparte biológico muy diferente del producido en ocasiones anteriores durante el Fanerozoico. Aunque lamentándose por la situación -y reconociendo que se trata de humor negro- escribe: *'...si por desgracia va a haber un colapso biológico total, yo quiero verlo; sería un raro y cinico privilegio, pero privilegio al fin y al cabo. Ya que no lo vimos empezar, que lo veamos terminar'*. Y a mí, este planteamiento, me trae inmediatamente a la memoria una figura fundamental en la historia de la Biología: el mismísimo Plinio (23?-79 d. C.), quien, según cuenta la leyenda, cuando el Vesubio entró en erupción, lejos de huir, mandó su navío hacia la zona al objeto de estudiar 'tan interesante fenómeno natural', lo que terminó costándole la vida. Es posible que haya quien opine que la decisión de Plinio fue un ejemplo de poca sensatez; por el contrario, yo creo que es todo un símbolo, un modelo, de lo que debe ser el auténtico pensamiento y acción científica.